

Bogotá

CONSEJOS DE BORGES A UN ESCRITOR JOVEN

Darí un consejo muy elemental al escritor joven: que no piense en la publicación, sino en la obra. Que no se apresure a publicar, que no se olvide del lector, y además, si ensaya la ficción, que trate de no escribir nada que no pueda imaginarse con sinceridad. Que no escriba sobre los hechos solo porque le parezcan sorprendentes, sino que lo haga sobre aquéllos en que su imaginación pueda creer. Y en cuanto al estilo, yo le aconsejaría más bien pobreza de vocabulario que exceso de riqueza. Hay un defecto moral que suele advertirse en la obra, y ese defecto es la vanidad. Una de las razones por las cuales Lugones, digamos, no me gusta del todo, aunque desde luego no niego su talento y quizá su genio, es que percibo algo de vanidad en su modo de escribir. Si en una página todos los adjetivos o todas las metáforas son nuevos, eso suele corresponder a la vanidad; al deseo de asombrar al lector y no creo que el lector deba sentir que el escritor es diestro. Conviene que el escritor lo sea, pero no que el lector lo sienta. Cuando las cosas están muy bien hechas parecen no solo fáciles sino inevitables. Si se nota un esfuerzo denota un fracaso de parte del escritor. Tampoco quiero decir que un escritor deba ser espontáneo, porque eso significaría que el escritor acierta inmediatamente con la palabra más justa, lo cual me parece muy inverosímil. Una vez terminado un trabajo, debe parecer espontáneo, aunque se vea que está lleno de secretas astucias y modestas destrezas, pero no de destrezas vanidosas.

(Declaración a Rita Guibert, en 1968)

* * *

Querría decir lo siguiente: cuando empecé a escribir, pensé que un escritor debe definir cada cosa. Por ejemplo decir "la luna" estaba estrictamente prohibido; había que encontrar un adjetivo, un epíteto para la luna. (Desde luego, estoy simplificando las cosas. Ya sé que he escrito muchas veces "la luna", pero lo anterior es una especie de símbolo de lo que quería decir). Pensé que había que definir cada cosa, que no debía utilizar ninguna palabra común. Jamás hubier dicho "Fulano de tal entró y se sentó",

porque eso es demasiado sencillo, demasiado fácil. Pensé que debía buscar una manera complicada de decirlo. Después descubrí que esas cosas resultan generalmente molestas para el lector.

Pero creo que la raíz del asunto está en el hecho de que cuando un escritor es joven siente de alguna manera que lo que va a decir es más bien estúpido o evidente o que es un lugar común, trata de ocultarlo bajo adornos barrocos, bajo palabras tomadas de escritores del siglo XVII; o, si no, y entonces decide ser moderno, hace lo contrario: está todo el tiempo inventando palabras, mencionando aviones, trenes, telégrafos y teléfonos. Luego con el transcurso del tiempo, uno siente que sus ideas, buenas o malas, deben ser expresadas sencillamente, porque si uno tiene una idea uno debe procurar que esa idea, o ese sentimiento, o ese estado de ánimo, sea inteligible. Si, al mismo tiempo, uno trata de ser, digamos, Sir Thomas Browne o Ezra Pound, entonces ello resulta imposible. Por eso pienso que un escritor empieza siempre por ser complicado: se dedica a diferentes juegos al mismo tiempo. Quiere comunicar determinado estado de ánimo; al mismo tiempo debe ser contemporáneo y si no es contemporáneo, es un reaccionario y un clásico. En cuanto al vocabulario, lo primero que se propone un escritor joven, por lo menos en este país, es mostrar a sus lectores que domina el diccionario, que conoce todos los sinónimos; encontramos, por ejemplo, en una línea roja, luego escarlata, más adelante, púrpura. (...) Cuando encuentro una palabra poco común, digamos una palabra que pueden usar los clásicos españoles o una palabra diferente de las otras, la suprimo y uso una palabra común. Recuerdo que Robert Louis Stevenson escribió que, en una página bien escrita, todas las palabras miran hacia el mismo lado. Si uno escribe una palabra vulgar o sorprendente o arcaica infringe esa regla; y lo que es mucho más importante, esa palabra distrae la atención del lector. Uno debe poder leer con tranquilidad, ya sea que uno estuviera escribiendo sobre metafísica, filosofía o lo que fuere.

(Declaración a Ronald Christ, en 1968)